



–¡Salta! –la voz era fría como la noche.

Sacha se dio vuelta, lucía más divertido que asustado.

–¿De verdad quieres que lo haga? –abrazándose el pecho, fingió temblar–. Pero... pero... podría lastimarme.

–Cállate –Antoine dio un paso de advertencia hacia él; el arma en su mano destellaba con la luz de la luna–. No desperdiciaré mi tiempo. Perdiste la apuesta y elegiste esta opción. Ahora... –se encogió de hombros–. Tienes que saltar. Solo hazlo. Acabemos con esto.

–Está bien, está bien –levantó las manos–. No te alteres.

El muchacho era alto y delgado, vestía una camiseta negra descolorida y jeans. Con su amplia sonrisa, que lo

hacía parecer incluso más joven de lo que era, se acercaba sin temor al borde del techo de la bodega. El soplo de la brisa hizo que su cabello castaño y lacio le cubriera los ojos, y él lo apartó para escudriñar la oscuridad.

Antoine sabía que el suelo debajo se perdía entre las sombras de la medianoche. El techo en el que estaban parados tenía cinco plantas de altura. Demasiado elevado para caer y sobrevivir.

Agachado en cuclillas, Sacha se preparó para saltar al vacío.

El hombre contuvo el aliento. Admiraba la valentía del chico y odiaba verlo morir. Pero una apuesta era una apuesta, y, esta vez, el muchacho lo había llevado hasta el límite. Había tomado su dinero y no se lo había devuelto. Se había metido con él como si no fuera real. No podía permitir que sucediera; no podía dejar que los demás vieran que alguien lo trataba de ese modo. Tenía que hacer del joven un ejemplo. Cuando encontraran su cuerpo, sabrían quién había estado detrás.

Lo respetarían.

A seis metros de distancia, Sacha balanceó los brazos como un clavadista... Se detuvo abruptamente y se dio la vuelta, con la mirada viva.

—Ey, tengo una idea. Hagamos otra apuesta.

La mano de Antoine tensó el arma.

No podía entender nada de esto. ¿Por qué no tenía miedo? ¿Acaso no le importaba estar a punto de morir? No tenía sentido.

Y a él no le gustaban las cosas sin sentido.

—¿Ahora qué?—el enojo volvía aguda su voz. Tuvo que forzarla un tono más abajo—. Estás a punto de estrellar el rostro en el suelo, ¿y quieres renegociar?

—Sí—respondió el joven con tranquila resolución—. Ahora.

Baluceando una colorida letanía de insultos, el hombre bajó el arma y encendió la linterna que llevaba en la mano izquierda.

La brillante luz blanca reveló el techo de la bodega, sucio de tierra y escombros. A la distancia, solo alcanzaba a distinguir las enormes siluetas

de otros almacenes, junto con camiones estacionados y contenedores de basura que marcaban ese desagradable suburbio parisino.

Durante el día, el área estaba repleta de trabajadores, pero no a esta hora. Estaban solos, excepto por las ratas que llegaban desde el puerto y las palomas que susurraban sus quejas desde las vigas debajo de sus pies.

–¿Qué quieres apostar ahora, cuando estás a punto de morir? –gruñó Antoine.

–Primero –Sacha metió la mano en el bolsillo y retiró su teléfono–, necesito que sostengas esto. Mi mamá me lo acaba de comprar y me matará si lo rompo.

–Me importa un pepino tu... –dijo, blandiendo la pistola.

–Shhh –el joven se llevó el dedo índice a los labios–. Qué lenguaje. Aún no termino. Como parte de la apuesta, toma el aparato. Después saltaré, ya que de verdad quieres que lo haga. Pero no voy a morir. En lugar de eso, voy a levantarme e irme a casa. Cuando lo haga, me devolverás mi celular, olvidarás todas mis deudas y me darás 500 euros por todos los problemas –apoyado en los talones, se inclinó hacia atrás, retando con la mirada a Antoine para que lo rechazara–. ¿Tenemos un trato?

El hombre soltó una carcajada, a pesar de que no encontraba nada gracioso. La pistola se movía nerviosamente en su mano.

–¿De verdad crees que usarás de nuevo un teléfono? ¿Acaso los dedos muertos pueden marcar?

–¿Aceptas la apuesta o no? –luciendo cada vez más aburrido, el joven se desempolvaba las manos contra las piernas de los jeans descoloridos.

Antoine paró de reír. Sabía por experiencia que el muchacho apostaría cualquier cosa. No le importaba perder; es por eso que ahora se encontraba allí. Él le había costado dinero, mucho dinero. Se metía con el tipo de hombres con quienes era mejor no involucrarse.

No sabía qué estaba mal con él, pero si odiaba tanto la vida, le haría el favor de ayudarlo a dejarla. De cualquier modo, había dejado de ser útil.

Es posible que eso apaciguara a los hombres que ahora lo buscaban debido a las pequeñas tretas de Sacha.

–Seguro –se encogió de hombros–. No tengo nada que perder apostando con una persona muerta. Te encontraré allá abajo con el teléfono y el dinero. Lo único que debes hacer es saltar y luego salir de la tumba para tomarlos.

–Grandioso –se veía satisfecho–. Lo haré.

Le entregó el teléfono. Por un segundo, Antoine titubeó, sentía que se trataba de un truco. El joven podría tomar su brazo y lanzarlo por el borde.

Pero llevaba más de un año de conocer a Sacha. No parecía ser de ese tipo. De hecho, era un buen muchacho. Lo único malo con él era que no le importaba a quien fastidiaba.

El hombre metió la linterna en su bolsillo y se abrió paso en el techo hacia donde el adolescente esperaba de pie.

–Vamos, vamos –dijo, mientras agitaba el teléfono–. No tengo toda la noche.

Antoine se estiró con cautela para arrancarle el aparato de la mano y se escabulló de vuelta para quedar fuera de su alcance.

Sacha le lanzó una mirada que delataba que su retador estaba más asustado que él.

El gesto del hombre se volvió sombrío.

–Basta de hablar –dio un paso atrás y levantó el arma–. Ahora, sabelotodo, salta.

–Bien –respondió.

Y enseguida saltó.

Brincó sin dudarle, sin rastro de miedo. No gritó. De hecho, no hizo ningún sonido; el salto fue de un escalofriante silencio. Lo último que Antoine alcanzó a ver fue la parte superior de su cabeza, un mechón de cabello castaño arenoso agitado por el viento mientras caía.

*Merde. Lo hizo*, dijo sorprendido, tambaleándose y cayendo de espaldas.

Al mirar el espacio vacío justo donde Sacha había estado de pie, una parte de él sintió una punzada de remordimiento. Ese joven era valiente. Estúpido, pero valiente.

Se dio la vuelta y corrió a través del techo cubierto de escombros, precipitándose por los anchos escalones de concreto y riendo a medias debido al shock nervioso.

Le había ofrecido una variedad de opciones. Planes de pago. Tratos. Podía disculparse con el tipo a quien le robó y destrozó el auto deportivo. Podía compensarlo, trabajar para él.

Pero el joven dijo que quería morir. Al final, Antoine accedió, en gran medida para ver qué haría después de pensarlo un poco. Todo el tiempo creyó que el muchacho estaba jugando con él, que lo estaba timando. Pensó que, admitiría que se trataba de una gran broma.

*Nunca pensé que lo haría*, se dijo a sí mismo. *Quizás creyó que podía volar.*

Era un largo camino de bajada y ya se había quedado sin aliento para cuando llegó a la planta baja de la bodega. Atravesó a toda velocidad el lugar oscuro y cavernoso, ansioso por salir antes de que alguien descubriera el cuerpo.

Alcanzó la manija de la puerta.

Justo cuando lo hacía, alguien la abrió desde el otro lado.

Una silueta apareció frente a él, iluminada desde atrás por un poste de luz: alta, delgada, desaliñada, pero bastante viva. Y arrogante como siempre.

—¿Podrías darme mi teléfono, por favor? —Sacha extendió la mano.

Con la respiración entrecortada, Antoine cayó hacia atrás al tropezar con una pieza de maquinaria oxidada que yacía olvidada en el inmundo suelo de concreto. Al recobrar su equilibrio, logró incorporarse, sin dejar de retroceder ni quitarle los ojos de encima.

—*Non*. ¡Es imposible! No puedes...

—¿Trajiste mi teléfono o qué? —preguntó el joven, frunciendo el ceño—. Quisiera irme a casa. Es tarde, sabes.

El hombre lo miraba fijamente, boquiabierto. Él no podía haber sobrevivido

a esa caída. No era posible. Pero fuera de un par de raspones en el rostro y las manos, se veía... bien. Era increíble.

Con un empujón para abrirse paso, Antoine se tambaleó hacia el lugar del impacto, donde Sacha debería estar desparramado como mermelada en el suelo, empapado en su propia sangre.

Nada.

Se dio vuelta. El joven estaba de pie en la entrada y lo observaba francamente divertido.

–Pero... pero... –parecía que no podía formar una oración coherente.

–Vamos, hombre –dijo Sacha, poniendo los ojos en blanco–. Dame mi dinero y el teléfono. Teníamos un trato.

El tipo metió la mano temblorosa en su bolsillo y retiró el aparato. Después contó los billetes.

Intentó no tocar la mano del muchacho al entregar lo prometido.

Había algo que no estaba nada bien con él.